

España y los viajes románticos

Vicente Lleó Cañal*

El siglo XVIII es en toda la Europa civilizada el siglo del culto a la Razón, el siglo de las Luces, de la Ilustración. Es este un movimiento demasiado conocido como para precisar que nos detengamos en él. Pero sí conviene quizás señalar algunas de sus características esenciales. El descubrimiento capital del europeo ilustrado es la concordancia entre Naturaleza y Razón. Al contrario del siglo precedente en el que la Naturaleza era la enemiga del hombre, su parte caída, pecaminosa (La Rochefoucault llegará a decir que sólo hay virtud *contra* la Naturaleza) en el siglo XVIII ésta deviene acomodada a la Razón y, palabra clave, virtuosa. Para Rousseau seremos virtuosos si seguimos y no enturbiamos nuestra naturaleza originalmente buena. De hecho, Naturaleza y Moral se identifican hasta el punto que, como se ha señalado, el diseño de un jardín llega a convertirse en un problema de ética.

El mundo de la Ilustración dieciochesca posee una institución característica: el Grand Tour, palabra de la que, degenerada, deriva nuestro actual turista. Este Grand Tour solía comprender Francia, Suiza e Italia cuando el viajero era inglés y Suiza, Italia y Alemania, cuando era francés. Los jóvenes visitaban estos países como parte de su formación académica, condicionándose los viajes de modo que armonizaran con las enseñanzas previamente recibidas. Su intención era, pues, didáctica: unos viajes «filosóficos» como contrapunto de una educación «filosófica».

En estas circunstancias, no debe sorprendernos que España quedara excluida del circuito ilustrado. Su historia, su cultura, su arte no eran fácilmente asimilables a los criterios fundamentales de la Razón ilustrada: el sentido del progreso, el contenido moral, la reforma de las costumbres. España, de hecho, al no encajar en el cosmos ordenado de la Ilustración, deviene literalmente invisible; a lo más el reverso negro, negativo, contra el que destaca la Razón positiva. Así, del mismo modo que Voltaire rechazaba desdeñosamente los fósiles pirenaicos que amenazaban su simplista esquema de la evolución animal, atribuyéndolo a conchas arrojadas por los peregrinos que viajaban a Santiago de Compostela durante la Edad Media, de igual modo podemos encontrar en inventarios reales de Francia a Velázquez y Ribera catalogados como pintores de escuela italiana.

Pero aunque los jóvenes de familias acomodadas francesas o inglesas excluyeran España de su Grand Tour, eso no significa que no hubiera durante el siglo XVIII viajeros extranjeros por sus tierras. Son los que se han denominado los «precursores» de la Generación Romántica. Los

*Catedrático de Historia del Arte en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Sevilla

Nota bibliográfica

Existe una abundante bibliografía sobre el tema de los viajeros por tierras españolas, dentro de la que destacan los estudios, ya clásicos, de R. Foulche-Dellosch «Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal» (Paris, 1896), Farinelli, «Viajes por España y Portugal desde la Edad Media hasta el siglo XX» (Roma, 1942-4) y García Mercadal, «Viajes de extranjeros por España y Portugal» (Madrid, 1952). La mejor recopilación sobre viajeros románticos, sin embargo, puede encontrarse en el catálogo «La imagen romántica de España» (2 vols. Madrid, 1981).

motivos por los que acudían a España eran diversos, tanto como sus personalidades, pero con alguna rara excepción (por ejemplo, las encantadoras *Memoirs* de Lady Fanshaw), todos coinciden en la misma visión crítica y negativa del mundo, tan distinto, al que se asoman: Thomas Scott, William Lightgow, Edward Clarke, Joseph Townsend, son algunos, entre los británicos, que recorren la península durante los siglos XVII y XVIII, y en sus escritos van a ir elaborando los tópicos que definen el «caso español» dentro de la Europa ilustrada: fanatismo religioso, crueldad, indolencia y sensualidad conforman el carácter del pueblo, ignorancia y vanidad el de la aristocracia y por lo que respecta al paisaje, estepas polvorientas, caminos infernales, posadas inhabitables y monumentos megalómanos generalmente en ruinas.



Richard Ford: «Entrada a la plaza de toros de Sevilla» (1832).

RESUMEN

En el mundo de la Ilustración dieciochesca, los jóvenes como parte de su formación académica efectuaban el «Grand Tour»: viajaban por Francia, Suiza, Italia y Alemania. Viajes «filosóficos» como contrapunto de una educación «filosófica». España quedaba fuera del circuito ilustrado. España, al no encajar en el cosmos ordenado de la Ilustración deviene invisible; a lo sumo se percibe la España «negra». La invasión de Napoleón y la consecuente guerra, con la participación de tropas inglesas en apoyo de los españoles, hace que España pase a primer plano de la actividad europea. El saqueo de las tropas napoleónicas hace que el arte español se conozca en Europa. El efecto combinado del descubrimiento de España y su arte fue fulminante. Las «cosas de España» se ponen de moda y la península ibérica se convierte en la meta señalada de un «grand Tour» romántico. Andalucía es la meta de todos los viajeros románticos, de Disraeli e Delacroix, de Byron a Merimée.

Es esta la España «negra» que con su admirable facilidad para lo trivial resume el Abate Masson de Morvilliers en un artículo para la Enciclopedia de 1782 con la frase «¿Qué doit-on a l'Espagne?». Es decir, «¿qué se debe a España? En dos siglos, en cuatro, en diez ¿qué ha hecho (España) por Europa?». Tópico que repetido inmediatamente por Fleuriot de Langle en su «Voyage de Figaro en Espagne» de 1784, llegará a encontrar ecos tan tardíos como el del recientemente fallecido Kenneth Clark, excluyendo a España de su «Civilisation».

Pero a comienzos del siglo XIX, esta situación, esta visión negativa de España y lo español va a cambiar y va a cambiar en la misma medida en que ideales de la Ilustración dejan paso a los del Romanticismo. De nuevo esta revolución de la cultura occidental es demasiado conocida como para que necesitemos entrar en ella en detalle. Pero sí señalar algunos factores que tendrán especial incidencia en el tema concreto que nos ocupa. El sueño de la Ilustración, una sociedad, un mundo armónicamente ordenados por los principios de la Razón, resultó ser, en realidad, una pesadilla, dramáticamente ilustrada, por cierto, por el español Goya en su grabado titulado «El sueño de la Razón produce monstruos». La Revolución Francesa, lejos de instaurar los ideales de Igualdad, Libertad y Fraternidad, desembocó en un baño de sangre, cuyo inicio se sitúa en el regicidio de 1793, asumido simbólicamente como ha señalado Klossowski no como un crimen político más, sino como la transgresión fundamental del parricidio. La igualdad, por otra parte, vino irónicamente instaurada por el equivalente socioeconómico de la Revolución política, esto es por la Revolución Industrial, pero no ya como un

principio liberador, sino como resultado del desarraigo rural y la aparición de un proletariado urbano homogéneo en su miseria.

La reacción no tardó en sentirse y se manifestó de diversas maneras: la desconfianza frente al intelecto y la valoración de los sentimientos, de los impulsos; el rechazo al presente y la evocación de un pasado más o menos lejano o bien de tierras supuestamente incontaminadas por los males modernos; el culto, en fin, al héroe, al individuo, exacerbado por la fulgurante epopeya napoleónica.



Eugène Delacroix: «Monje de pie».

Detengámonos aquí brevemente, en la epopeya napoleónica, pues aparte de contribuir a modelar el *mal du siècle*, esa sensibilidad sobreexcitada característica del Romanticismo, las campañas de Napoleón proyectaron bruscamente a España al primer plano de la conciencia europea. Como ha señalado Lipschutz, repentinamente unos trescientos mil franceses de toda extracción social comenzaron a marchar por tierras y a combatir con pueblos hasta entonces casi desconocidos, o conocidos sólo a través de crueles estereotipos. Y aunque es más difícil calcular el número de tropas británicas que combatieron en la península, también para los ingleses el espectáculo de un pueblo en armas luchando heroicamente contra el invasor estimularía su admiración, como lo demuestran los más de doscientos libros de recuerdos de las Guerras Peninsulares publicados en Inglaterra en los años inmediatamente posteriores. La guerra de España contra el francés y el heroísmo de su pueblo suscitó en Europa una simpatía, en los inicios de la época romántica, sólo comparable a la que, más tarde, despertaría Grecia en su lucha contra Turquía.

Pero no fueron solamente el pueblo o el paisaje de España los «descubrimientos» de la generación romántica. También se descubre ahora el arte. Las campañas napoleónicas en la península ibérica tuvieron un aspecto poco conocido: el saqueo sistemático de tesoro artístico español. Por una cruel ironía histórica fueron las obras de dos caballeros ilustrados españoles —el «Viage de España» de Ponz, cuyos veinte volú-

menes se publicaron entre 1772 y 1794, y el «Diccionario artístico» de Ceán Bermúdez de 1800— los que posibilitaron el robo organizado de nuestro patrimonio artístico. Del Mariscal Soult al propio rey intruso, las iglesias y palacios españoles fueron saqueados por los franceses de sus mejores tesoros. Las consecuencias de este pillaje sin precedentes (ni siquiera Hitler tuvo tal desfachatez) y, sobre todo del posterior colapso del imperio napoleónico, fue la repentina invasión del mundo artístico europeo de obras de arte españolas, disputándose las museos y coleccionistas a precios astronómicos.

El efecto combinado del descubrimiento de España y su arte fue fulminante. Repentinamente lo español, «las cosas de España» como se decía entonces, se puso de moda y la península ibérica sufrió una nueva invasión, esta vez bastante más agradable que la francesa, en forma de esos «curiosos impertinentes» como han sido denominados los viajeros románticos.

España (que como veremos enseguida va a significar en Europa casi exclusivamente Andalucía) se convierte ahora en la meta soñada del que podemos llamar Grand Tour romántico. Unos pocos, los más aventureros, llegan a cruzar el estrecho y pasan a Marruecos. Pero es la visita a España, es decir, a Andalucía, la que no debe faltar a ningún viajero romántico que se precie, de Disraeli a Delacroix, de Byron a Merimée.



F. Villaamil: «¿En qué piensa padre?... En la encarnación del verbo...»

¿Qué busca el viajero romántico, sea artista o literato o simplemente hombre a la moda, en España? ¿Qué ha sucedido dentro de la península para que habiendo sido hasta entonces objeto de general menosprecio sea ahora universalmente admirada? La respuesta es: sencillamente nada. Si cabe, tras la invasión francesa y los vaivenes políticos del rey Fernando VII, la miseria moral y económica de España era mayor aún que en el siglo precedente. Pero Europa sí ha cambiado en el tránsito de la Ilustración al Romanticismo, y ha cambiado de un modo radical. Antes he señalado algunos de los síntomas —la desconfianza en la Razón y la valoración de los sentimientos, la tendencia a la evasión, el culto a la sensibilidad individual— pero todos estos cambios pueden resumirse en uno solo. El hombre romántico no mira ya al mundo desde una posición ética, como el ilustrado, sino desde una visión estética. El mundo va a ser juzgado, no ya en la medida en que siga los principios de la Razón, sino en la medida en que conmueva el alma. Y para el alma europea, la propia «diferencia» de España, es decir todo aquello que nos había mantenido

marginados durante el siglo XVIII, va a convertirse en fuente de exquisitas o atroces emociones.

Unos pocos ejemplos bastarán para ilustrar esta auténtica revolución —en el sentido etimológico del término— de la conciencia europea. Tres habían sido las peculiaridades españolas más duramente fustigadas durante la Ilustración: la crueldad del pueblo, ejemplificada en las odiadas corridas de toros; el clero, al que se culpaba del atraso de la nación; finalmente, los bandoleros que infestaban los caminos de una España semidespoblada.



J.F. Lewis: «El Tajo de Ronda» (1833).

Pues bien, oigamos qué tiene que decir sobre estos temas el archirromántico Merimée, el creador de «Carmen», en sus «Cartas de España» de 1830. Con respecto a las corridas de toros y después de desechar como débiles algunos de los argumentos sostenidos en su defensa por los aficionados españoles afirma: «El único argumento que no se osa nunca hacer valer, y sin embargo no tendría réplica, es el de que, ya sea cruel o no, ese espectáculo es tan interesante y atractivo y produce emociones tales que no se puede renunciar a él una vez que se ha resistido el efecto de la primera prueba».

Veamos ahora su opinión sobre el clero, sobre los frailes, a los que observa acompañando a un condenado a muerte en Valencia: «En verdad amo estas ceremonias católicas y quisiera creer en ellas. En esta ocasión tienen la ventaja de impresionar a la multitud infinitamente más que nuestra carreta, nuestros gendarmes y ese cortejo mezquino e innoble que acompaña en Francia a las ejecuciones. Además —y por esa razón sobre todo amo esas cruces y esas procesiones— contribuyen poderosamente a endulzar los últimos momentos de un condenado. Esa pompa fúnebre halaga sobre todo a su vanidad, sentimiento que es siempre el último en morir en nosotros. Del mismo modo, estos frailes a quienes reverencia desde la infancia y que ruegan por él, los cánticos, la voz de los hombres que piden para que se le digan misas, todo ello debe aturdirle y distraerle, impidiéndole reflexionar sobre la suerte que le espera... Ahora he comprendido porqué los frailes y sobre todo los de las órdenes mendicantes ejercen tanta influencia sobre el pueblo bajo... Creo que si tuviese la desgracia de ser ahorcado, no me disgustaría tener dos franciscanos a mi lado para que hablasen conmigo».

Y escuchemos por fin su descripción de un bandolero, de un salteador de caminos: «El modelo del bandido español, el prototipo de héroe de

los grandes caminos, el Robin Hood, el Roque Guinar de nuestro tiempo, es el famoso José María de Tempranillo. Guapo, valiente y cortés tanto como cualquier ladrón pueda serlo, así es José María. Si detiene una diligencia da la mano a las señoras para bajarse y se preocupa que se sienten cómodamente a la sombra... Jamás un juramento, jamás una palabra grosera, bien al contrario, maneras casi respetuosas y una cortesía natural de la que siempre hace gala. Quita una sortija de la mano de una señora: 'Ah, señora —dice— una mano tan bella no tiene necesidad de ornamento', y al mismo tiempo, deslizándole la sortija del dedo besa su mano con un ademán que permite creer, de acuerdo con la opinión de una dama española, que el beso tenía para él más valor que la sortija. Esta la cogía como por distracción, pero el beso, por el contrario, lo prolongaba largo tiempo. Me han asegurado que deja siempre a los viajeros dinero suficiente para llegar a la ciudad más próxima y que nunca ha negado a nadie el permiso de conservar una joya inestimable por ser recuerdo.»

Las citas han sido largas pero creo que valían la pena porque ilustran claramente el absoluto cambio de mentalidad que se ha producido en un breve lapso de tiempo. Todo lo que en España había sido antes objeto de las más negras críticas resulta ahora admirable, hasta el punto que la península ibérica, como ya he señalado, llegará a convertirse en el escenario de un Grand Tour al revés, el Grand Tour romántico.



«Envido... quiero... poco es... pero anda con él».

Pero recordemos aún brevemente las citas de Merimée. Los argumentos que utiliza para defender esas antes aborrecibles «cosas de España» son de orden emocional, estético: no importa que las corridas de toros sean crueles si para el que las contempla son fuente de poderosas emociones; los frailes, con sus cánticos y procesiones, conmueven el alma; José María el Tempranillo, en fin, será un bandolero pero sus maneras son impecables y además es guapo y valiente.

Para el europeo *blasé* del siglo XIX, hastiado de una civilización burguesa, libre de cualquier sobresalto, que vive en un paisaje tanto urbano como natural absolutamente domesticado y cuya vida está dirigida por el principio de la productividad económica, España representará la diferencia, el riesgo, un cierto *frisson* de aventura, que sin embargo, no sobrepasa límites razonables.

Ahora bien, dentro de España era Andalucía donde esa diferencia resultaba más palpable. Incontaminada apenas por la vida moderna —que sí había hecho avanzadillas por el contrario en el Norte de España, en Cataluña, en el Levante y desde luego en Madrid— Andalucía ofrecía además un conglomerado histórico incomparable en el que, como se ha señalado, cada viajero podía encontrar su ideal de evasión: el mito de un pueblo en estado «natural», el mito de Oriente, el mito del Siglo de Oro, el mito medieval, el mito meridional. Así, mientras las demás regiones de España habrían perdido su carácter propio, asimilándose en mayor o menor grado al resto de Europa, Andalucía conservaba para el viajero romántico el tesoro de las auténticas esencias españolas. Para la imaginación romántica Andalucía llegará a asumir un papel similar al que en nuestro mundo contaminado desempeñan las reservas ecológicas: un paraíso nostálgicamente soñado. Hay una urgencia en los textos de los viajeros y en los grabados de sus ilustradores por recoger detalles y aspectos de la Andalucía «auténtica» —fiestas populares, rincones pintorescos, trajes regionales— que sólo se comprende por la conciencia de una amenaza que se cierne: la del efecto nivelador del progreso, de la modernidad.

Todos estos motivos van a llevar a centenares de viajeros a discurrir por tierras españolas en busca de emociones. Merimée cita el divertido caso de un joven inglés de buena familia que lleva meses divagando por los más solitarios parajes a la espera de ser asaltado por un bandolero «auténtico». No me resisto a citarles a Vdes. un delicioso fragmento de George Borrow, el infatigable propagandista evangélico entre los gitanos andaluces porque ilustra vívidamente ese trasiego de viajeros.

RESUME

Au monde du dix-huitième siècle, le Siècle des Lumières, les jeunes faisaient le «Grand Tour» afin de compléter sa formation académique. Ils visitaient la France, la Suisse, l'Italie et l'Allemagne. Il s'agissait de voyages «philosophiques» en tant que contrepoint d'une éducation philosophique. L'Espagne restait hors de circuit. L'Espagne, ne cadrant pas avec le cosmos rangé du Siècle des Lumières devient invisible; ce que tout au plus on arrive à percevoir c'est l'Espagne «noire». L'invasion napoléonienne et la guerre qui se suivit avec la participation des troupes anglaises venues à l'appui des espagnols, place l'Espagne au premier rang de l'activité européenne. Le pillage des troupes napoléoniennes fait que l'art espagnol soit connu en Europe. La découverte de l'Espagne et son art eût des effets foudroyants. Les «affaires de l'Espagne» sont à la mode et la péninsule Ibérique devient la ligne d'arrivée d'un «Grand Tour» romantique. L'Andalousie c'est l'objectif de tous les voyageurs romantiques, depuis Disraeli jusqu'à Delacroix, depuis Byron jusqu'à Mérimée.



Ilustración de «Roadside Sketches in the south of France and Spanish Pyrenees», de Three Wayfarers.

«Volvía yo —dice— de cierta excursión por el campo una gloriosa y radiante mañana del invierno andaluz y me dirigía a la posada cuando al pasar junto al portal de una casona lóbrega, cerca de la puerta de Jerez, dos individuos vestidos con zamarras salieron de la casa a la calle; ya iban a cruzarse conmigo, pero uno de ellos mirándome a la cara retrocedió vivamente y en un francés purísimo y armonioso exclamó: ¿Qué es lo que veo? Si mis ojos no me engañan es él; el mismo a quien vi por vez primera en Bayona y mucho tiempo después bajo los muros de ladrillo de Novgorod; luego junto al Bósforo y más tarde en... en. Mi querido y respetable amigo ¿dónde tuve yo la fortuna de ver últimamente su inolvidable y singular fisonomía? Yo: Fue en el Sur de Irlanda, si no me engaño. Allí le presenté a Vd. al brujo que domaba potros con sólo murmurarles unas

palabras al oído. Pero ¿qué le trae a Vd. por Andalucía? Aquí es donde menos esperaba encontrarle a Vd. El Barón Taylor. ¿Y por qué razón mi respetable amigo? ¿No es España la tierra del Arte? ¿Y dentro de España no es Andalucía la región donde el arte ha producido sus monumentos más bellos e inspirados?» (Señalemos que el Barón Taylor era un agente enviado por el Rey de Francia Louis Philippe para la compra clandestina de obras de arte español).

Al leer citas como ésta uno no puede menos de preguntarse si no serían los propios viajeros ingleses y franceses los que ponían la nota típica con sus trajes andaluces, seguramente bajo la mirada divertida de la población local que en su mayoría y especialmente en las ciudades vestía con levitas y chaquetas, no con zamarras. Desde luego, la inmensa mayoría de los viajeros románticos gustó de retratarse con elaborados atuendos más o menos fantásticamente andaluces.

Los libros de viajes, pues, y la elaboración poética de algunos mitos concretos —piénsese en Carmen, en don Juan, etc.— contribuyeron decisivamente a elaborar una visión fabulosa de Andalucía. Pero no hay que olvidar la imagen, la plasmación visual de esos mitos. Aquí jugaron un papel esencial los ilustradores. Durante el siglo XIX se perfeccionó espectacularmente la técnica de la litografía, que permitía reproducir fielmente las acuarelas y los dibujos realizados *in situ*. Así, la mayoría de los libros de viajes completaban sus descripciones con láminas de monumentos y tipos populares. De hecho, la fascinación de las imágenes fue tal que se llegaron a editar álbumes de láminas sin apenas texto, como los bellísimos de David Roberts «Picturesque sketches in Spain» de 1837, de Lewis «Sketches of Spain and of the Spanish Character» de 1834 o de Vivian «Spanish Scenery» de 1839. Álbumes estos que, como ha señalado Mario Praz ocupaban el lugar de honor en los hogares de la burguesía.

Ahora bien ¿qué papel jugaron en todo este proceso los propios andaluces? ¿Fueron objeto pasivo de la inquietud y la sensibilidad románticas que proyectaban sobre ellos sus ansias de evasión? ¿Reaccionaron acaso rechazando una visión tópica y estereotipada de sí mismos?

La respuesta aunque parezca sorprendente, es que Andalucía, los propios andaluces fueron cobrando conciencia de sí mismos, de su peculiaridad, de su diferencia, justamente en la medida en que se vieron reflejados míticamente por la sensibilidad romántica. Así, si Andalucía supuso una esperanza, una ilusión para toda una generación afectada por el *mal du siècle*, inversamente estos poetas, viajeros y artistas extranjeros supieron dar forma y expresión a Andalucía, otorgándole una identidad de la que aún hoy sigue nutriéndose.

Pero decir Andalucía, por estas fechas, equivale a decir España, o al menos «lo español». Así lo afirma explícitamente la novelista Fernán Caballero (también ella por supuesto extranjera): «Andalucía es la parte de España que aún es genuinamente española». El apego a los viejos usos, a las tradiciones, a un pasado patriarcal e idílico que se expresan en el costumbrismo andaluz, tanto en la literatura como en las bellas artes, constituirá el horizonte ideológico del que, por hábito, denominamos pensamiento reaccionario español y va a servir de acicate en aquellas regiones de la Península más gravemente atacadas por el virus moderno. Durante la segunda mitad del XIX florecen por toda España las socieda-

RESUME

In the European XIX century world, the young students, as a complement of their academic education, used to take a trip called «Grand Tour», travelling through France, Switzerland, Italy and Germany. They were «philosophical travels» as a counterpoint of their philosophical education. Spain was kept out of this illustrated circuit. Spain became invisible, for not fitting in the organized cosmos of the illustrated circuit. Spain became invisible, for not fitting in the organized cosmos of the Illustration. As a maximum, only the picture of the «black Spain» was taken in consideration. Napoleon's invasion and the following war, being the Spaniards helped by British helped by British troops, made Spain come to first page in European activities. The loot of Napoleonic troops made the Spanish art well known in Europe. The combined effect of the discovery of both Spain and its art was fulminant. Things from Spain became fashionable and the Iberian peninsula was now the target for the romantic «Grand Tour». Andalusia became the aim of all the Romantic travellers, from Disraeli to Delacroix, from Byron to Merimée.

des dedicadas al estudio del Folklore, de las lenguas vernáculas, de las historias locales; fenómenos tan peculiares como los *revivals* arquitectónicos no pueden entenderse ajenos a esta apasionada búsqueda de «lo español», entendiendo por lo español precisamente la diversidad, la singularidad.

El viaje romántico, especialmente en su expresión plástica y literaria, actuó pues como un revulsivo, contribuyendo (aún en algunos casos sólo por reacción) a hacer al pueblo español más consciente tanto de su pasado como de sus circunstancias presentes, complicando y enriqueciendo el simplista esquema interpretativo de España de los caballeros ilustrados. Para bien o para mal, «lo español» como conciencia de diversidad quedará incorporado a partir de ahora al debate patrio en todas sus facetas: la política, la artística, la literaria, la filosófica.

ZUSAMMENFASSUNG

In der Welt der Bildung des 17. Jahrhunderts, führten die jungen Leute, als Teil ihrer akademischen Ausbildung, Reisen nach Frankreich, Schweiz, Italien und Deutschland durch. «Philosophische Reisen» als Gegenpunkt einer «philosophischen» Erziehung. Spanien bleibt aus diesem illustrierten Kreis ausgeschlossen. Spanien war «unsichtbar», weil es nicht in den geordneten Kosmos der Illustration hineinpasste; lediglich wurde ein «schwarzes» Spanien wahrgenommen. Der napoleonische Einmarsch und der darauf folgende Krieg, in welchem die spanischen Truppen von englischen unterstützt wurden, sind die Ursache, dass Spanien an die erste Stelle der europäischen Aktivität rückt. Das Plündern der napoleonischen Truppen hat zur Folge, dass die spanischen Kunstwerke in Europa bekannt werden. Der doppelte Effekt der Entdeckung Spaniens und seiner Kunstwerke war durchgreifend. «Die Sachen aus Spanien» werden zur Mode und die iberische Halbinsel verwandelt sich in das angezeigte Ziel der «grossem romantischen Tour». Andalusien ist das Endziel aller romantischen Reisenden, von Disraeli bis Delacroix, von Byron bis Merimée.